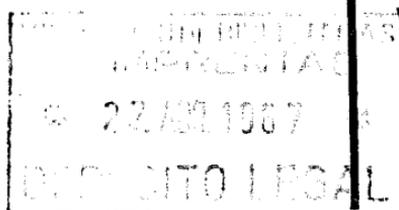


editorial

la iglesia católica

y la clericalización de Chile



La victoria de la democracia cristiana (o "demagogia católica"), conseguida con el apoyo de todas las fuerzas conservadoras y reaccionarias y, también, con la adhesión de numerosos sectores democráticos laicos, atemorizados por el "fantasma del marxismo", entre otras perniciosas consecuencias ha traído una intervención sin recato de la Iglesia Católica y del clero en todas las actividades económicas, sociales, políticas y culturales del país marcándolo con un antipático y, a menudo, odioso sello de clericalismo, como si fuera una nación de la época del predominio de la Inquisición o una prolongación de la actual España franquista, intolerante y sectaria.

Al caminar por las calles de los antiguos barrios del Santiago oligárquico y pudiente, (por ejemplo, Dieciocho, Ejército, Vergara, Cienfuegos), indigna leer las enormes planchas de bronce colocadas en innumerables edificios con nombres de las diversas instituciones de la Iglesia chilena, o de órdenes católicas alemanas, belgas, españolas, canadienses y norteamericanas, donde han montado sus aparatos dirigentes para movilizar los más complejos y variados organismos en orden a controlar las faenas y las ideas del pueblo. (Con la desocupación de aquellas vastas mansiones y su entrega a los necesitados de habitaciones, se solucionaría en un porcentaje apreciable el problema de la vivienda). Sin duda, su gigantesca empresa de penetración ideológica y política y su colosal propósito de cohecho masivo de la población menesterosa (la inmensa mayoría del pueblo chileno, gracias a la gestión gubernativa de la oligarquía y el imperialismo, sumada a la de los sacristanes demócratas-cristianos), requiere de una nutrida falange de asesores y burócratas, de activistas y agentes, a quienes es preciso ubicar en extensos inmuebles o casonas de rancio abolengo.

Retrocedemos a una época superada al cabo de resonantes y enconadas luchas entre el liberalismo laico y el conservantismo clerical ultramontano, y se vuelve a poner de actualidad la frase de batalla de aquellos tiempos: ¡la Iglesia Católica, he ahí el enemigo!. La Iglesia Católica y el imperialismo son los bastiones y soportes del atrasado régimen dominante, de la miseria extendida, y los enemigos del progreso, del socialismo y de la democracia. Es un deber de los elementos racionalistas y revolucionarios reiniciar la lucha contra el dominio avasallador de la Iglesia, en contra del opio católico, distribuido para adormecer al pueblo y paralizar su acción revolucionaria.

Apenas se obtuvo la independencia, después de una guerra larga y sangrienta en contra de la burocracia y el ejército peninsulares, y en la cual la Iglesia Católica y el espeso ejército de curas, con raras excepciones, estuvo de lado del poder colonial y en abierto y enconado combate para derrotar a las fuerzas patriotas, la trayectoria republicana se caracterizó por la ardorosa oposición de los elementos liberales para reducir a la Iglesia Católica a la esfera de sus asuntos específicos y, por lo tanto a secularizar las instituciones, a extender la enseñanza científica y democrática y a separar la Iglesia y el Estado. Aquellas reivindicaciones se lograron a comienzos de este siglo, (Constitución Política de 1925), tras largas y penosas contiendas que dividieron profundamente a la colectividad nacional a causa de la intransigencia obscurantista y troglodita de la Iglesia, aun en asuntos nimios sin mayor trascendencia, pero estimados trascendentales por los súbditos del Vaticano en razón de sus dogmas primitivos y antihumanos, de toda su hechicería absurda, irracional...

La penetración absorbente y totalitaria de la Iglesia Católica fluye de su naturaleza intrínseca y se intensifica cuando encuentra condiciones favorables, como es el caso actual. En esta época de guerra fría, el imperialismo norteamericano se ha aliado estrechamente con el Vaticano y ha encontrado en él un baluarte de secular eficacia y habilidad en la lucha por contener el avance del pueblo hacia su emancipación. Además, por una equivocada y torpe comprensión de la coexistencia pacífica, las potencias socialistas entregan posiciones ante el embate de la Iglesia Católica y se aprestan a legalizar y exaltar sus relaciones con el Vaticano, como si fuera una conquista y una demostración de tolerancia y democratismo ante el poder, por excelencia intolerante, sectario, divisionista y afecto a la reacción y el capitalismo. En Chile la situación alcanza caracteres particularmente graves con el ascenso al gobierno de la democracia cristiana, falange de beatos absorbentes, demagogos y totalitarios, protegidos ideológicamente por la avanzada doctrinaria de la Iglesia, el conglomerado jesuita. En nuestro caso, y en el de América Latina, la raíz católica es profunda por la influencia de la colonización española, en la época en que España era el baluarte de la contrarrevolución en el mundo, siglo XVI, bajo el mando de soberanos dóciles a los dictados del papado como lo fueron Carlos V y Felipe II. El ejemplo de la propia España Imperial debería ponernos en guardia para evitar este entronizamiento agostador de la Iglesia en todas las actividades nacionales, pues la gran potencia, a pesar de su imperio y de su colosal hegemonía cayó en la más completa decadencia, principalmente a causa de la absorción de su médula por la voracidad insaciable de la legión de sacerdotes y por la infiltración en todo el organismo hispánico de la filosofía antihumana y ultraterrestre de la Iglesia Católica. El historiador Francisco A. Encina, nada sospechoso de democratismo, ha escrito en su "HISTORIA DE CHILE", con respecto a la caída de España y a la nociva influencia del catolicismo en ella y en América Latina, palabras dignas de reflexión: "Aun más fatal fue el predominio aplastante del clero en el gobierno y en la administración,

como colaborador, consejero o confesor. Los eclesiásticos formaban la aristocracia intelectual de la época; eran los directores de la vida espiritual española, como teólogos, jurisconsultos, letrados, educadores, y esta circunstancia hacía ineludible su predominio político. Más, su superioridad intelectual en nada amenguaba su ineptitud como gestores de la vida terrenal de una nación. El clero infiltró en el pueblo español su propio desdén místico por la vida presente que, al tomar la forma negativa, marchitó en las almas vulgares todos los estímulos que dignifican al hombre y le empujan al trabajo y la creación. Llevó a la gestión política su falta de sentido de la realidad, de clarividencia y de aptitudes organizadoras, características de su estructura mental, dispuesta en una dirección que no es la de este mundo... El excesivo predominio del clero en todas las esferas de la actividad social, y muy especialmente su desdén místico por la vida terrenal, tuvo consecuencias materiales y espirituales que contribuyeron mucho a la decadencia de España... El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y a la mendicidad vagabunda; el sentimiento cristiano no sólo los convirtió en hechos naturales y lícitos sino también en prácticas gratas a Dios..."

Lineas vigorosas que se ajustan con impresionante exactitud a la realidad chilena bajo el imperio abusivo de la "democracia católica", conducida por una legión de discípulos de los jesuitas y por una nutrida variedad de frailes de las diversas órdenes. Han dejado sus templos en manos de una retaguardia de frailes viejos y avezados y de algunos jóvenes más limitados, pero su vanguardia de curas preparados, audaces, hábiles, conocedores hasta del marxismo, ha sido destacada en los distintos planos de la actividad nacional para embaucar a los sectores con menos conciencia de las clases trabajadoras, a convivir en las poblaciones marginales y a transportar la masiva ayuda material de Cáritas y otros organismos de beneficencia internacional de la reacción, el Vaticano y el imperialismo norteamericano. Con su prédica y su ayuda cohechan al desvalido y al mismo tiempo le incitan al "ocio y a la mendicidad vagabunda", corrompiendo al pueblo para transformarlo en una masa maleable a los propósitos de la Iglesia y de la reacción. Con ello obtienen una relativa victoria inmediata, pero también cavan una contradicción insalvable, por cuanto el país se estagna y es incapaz de resolver sus problemas estructurales de producir lo suficiente para abastecer y para saciar la voracidad terrorífica de las legiones de ensotnados, pues como lo dice la copla popular:

"El cura no sabe arar
ni sabe enyugar un buey,
pero por su propia ley
él cosecha sin sembrar".

El proselitismo totalitario de la democracia cristiana y de la Iglesia Católica llevan inexorablemente al hundimiento del país, a la corrupción de vastos sectores de la ciudadanía, a la completa subyu-

gación del país por el imperialismo, y a la instalación de la Iglesia y del clero en todas las actividades de la nación.

En el siglo XVIII, en Francia, el enciclopedista D'Alembert hacía esta anotación: "La gente se irritaba de ver a los religiosos dirigir la conciencia de los reyes y la educación de la nobleza e intrigar en la Corte, en la ciudad y en las provincias, en vez de vivir en la humildad, el retiro y el silencio propios de su profesión".

¿Acaso no es la misma situación actual de Chile?. Grandes núcleos, los más esclarecidos, del país se irritan y empiezan a prepararse para una lucha frontal, al ver a los frailes de consejeros del Presidente de la República, de los ministros, de los parlamentarios, en la educación, en la economía, en las fuerzas armadas, en el campo, en la universidad, en los negocios más inesperados, en la radio, en la prensa y en los editoriales, en vez de concretarse a su misión teológica y a prepararse para la otra vida, en la cual ellos creen con fervor (?) O serán como el clero del siglo XVIII en España:

...Hechas a frailes que llorando duelas
con su vida ermitaña
poseen todo el reino de los cielos
y dos terceras partes del de España.

Por un oportunismo detestable, los marxistas y revolucionarios hemos ocultado que Marx y Lenin expresaron categóricamente: "la religión es el opio del pueblo"; y la lucha contra la Iglesia es una de las exigencias fundamentales de la acción proletaria, porque aquélla es uno de los poderes económico-sociales más fuertes del régimen capitalista de explotación y es el poder espiritual más agresivo del sistema de opresión del imperialismo. La lucha contra el capitalismo y el imperialismo involucra el ataque sin cuartel contra la Iglesia. Permitir a la luz de una mal entendida tolerancia el avance y el imperio de la intolerancia dogmática y sectaria del catolicismo, del ejército frailuno, a vista y paciencia y, a veces, hasta con el consentimiento de los elementos laicos, racionalistas, socialistas y revolucionarios, es un crimen contra el progreso, la libertad y la humanidad.

De nuevo el clarín de las fuerzas democráticas de la sociedad moderna toca a rebato y señala: ¡la Iglesia Católica, he ahí el enemigo!..